



EL NIÑO

Mi hermano organizó un sábado en el río para distraer a mamá y conjurar el olor a hospital y el miedo. Al atardecer, sentados en una terraza, la vida parecía tener un pulso normal. Desde la mesa de al lado, llamaban a gritos a un tal Paco. La niña de unos siete años se desgañitaba ¡tío Pacoooo, tío Pacooo! hasta que apareció un hombre de unos cuarenta años enorme, en bañador, empapado, salpicándonos a todos; llevaba un cangrejo en la mano.

– Es como si fuera un niño, el pobrecico –se disculpó una de las mujeres.

Paco le tendía a su sobrina el cangrejo, agarrándolo con firmeza con dos dedos por el centro del cuerpo. El cangrejo movía las patas perplejo.

– Por el cuerpo, Guadalupe, por el cuerpo.

La niña miraba inmóvil el cangrejo. Dura contienda entre el miedo y el deseo. Al final, negó con la cabeza. Mi madre se acercó. Paco extendió la mano con el cangrejo hacia ella.

–Por el cuerpo.

Mi madre negó igual que la niña.

Seguimos con la cerveza y la charla sobre cualquier cosa. El jueves le daban los resultados a mamá. Mi hermano y yo disimulábamos la preocupación hablando del gotelé, de la guardería de su hija y de las elecciones inminentes, como si fueran problemas reales.

A la media hora cayeron sobre la mesa varios goterones de agua. Paco había regresado de la orilla del río junto a su sobrina. Mientras la mujer les ponía una toalla por encima, la niña mostraba un cangrejo que esta vez sí, llevaba agarrado por el cuerpo. Parecía magia que las pinzas nunca llegaran a rozar los deditos de la niña.

Paco vino con su cangrejo y se puso delante de mamá. Ella dudó un momento y luego cogió el cangrejo sin mediar palabra y lo tuvo agarrado durante un buen rato, enseñándonos la coreografía desesperada del animal bajo la mirada orgullosa de Paco.

Los resultados del jueves fueron demoledores; aquella tarde fue su última salida.

Es un relato de Caridad Fernández, serie "abrir para leer"

EL NIÑO

Mi hermano organizó un sábado en el río para distraer a mamá y conjurar el olor a hospital y el miedo. Al atardecer, sentados en una terraza, la vida parecía tener un pulso normal. Desde la mesa de al lado, llamaban a gritos a un tal Paco. La niña de unos siete años se desgañitaba ¡tío Pacoooo, tío Pacooo! hasta que apareció un hombre de unos cuarenta años enorme, en bañador, empapado, salpicándonos a todos; llevaba un cangrejo en la mano.

– Es como si fuera un niño, el pobrecico –se disculpó una de las mujeres.

Paco le tendía a su sobrina el cangrejo, agarrándolo con firmeza con dos dedos por el centro del cuerpo. El cangrejo movía las patas perplejo.

– Por el cuerpo, Guadalupe, por el cuerpo.

La niña miraba inmóvil el cangrejo. Dura contienda entre el miedo y el deseo. Al final, negó con la cabeza. Mi madre se acercó. Paco extendió la mano con el cangrejo hacia ella.

–Por el cuerpo.

Mi madre negó igual que la niña.

Seguimos con la cerveza y la charla sobre cualquier cosa. El jueves le daban los resultados a mamá. Mi hermano y yo disimulábamos la preocupación hablando del gotelé, de la guardería de su hija y de las elecciones inminentes, como si fueran problemas reales.

A la media hora cayeron sobre la mesa varios goterones de agua. Paco había regresado de la orilla del río junto a su sobrina. Mientras la mujer les ponía una toalla por encima, la niña mostraba un cangrejo que esta vez sí, llevaba agarrado por el cuerpo. Parecía magia que las pinzas nunca llegaran a rozar los deditos de la niña.

Paco vino con su cangrejo y se puso delante de mamá. Ella dudó un momento y luego cogió el cangrejo sin mediar palabra y lo tuvo agarrado durante un buen rato, enseñándonos la coreografía desesperada del animal bajo la mirada orgullosa de Paco.

Los resultados del jueves fueron demoledores; aquella tarde fue su última salida.

Es un relato de Caridad Fernández, serie "abrir para leer"